

Santo Tomás de Aquino

28 de Enero de 2014, Teologado Diocesano de Alicante

Como el año pasado, tal día como hoy fiesta de Santo Tomás de Aquino, nos volvemos a reunir en el Teologado de Alicante. De entonces a este día: ¡qué cambios más imprevistos han acaecido en nuestra Iglesia, que momentos tan intensos nos ha deparado el Espíritu en la vida eclesial! También en este tiempo hemos tenido la riqueza de la palabra magisterial del nuevo Santo Padre Francisco que tanto en su carta encíclica “*Lumen Fidei*”, como en su Exhortación Apostólica “*Evangelii Gaudium*” ha hecho adecuada referencia a la relación entre la fe y la teología. Referencia digna de recordar en un día como el de Santo Tomás de Aquino, maestro en esa relación, y modelo para cuantos debemos progresar en la teología no solamente como “palabra sobre Dios”, sino ante todo como «acogida y búsqueda de una inteligencia más profunda de esa palabra que nos dirige» (LF 33). Resulta especialmente importante esto en unos tiempos donde ante los desafíos de una inaudita descristianización, pedimos a Dios “un corazón sabio e inteligente” –don del Señor como nos recordaba la 1ª lectura-, para disponernos a entrar en una nueva era misionera de la historia de la Iglesia, que conlleva, como nos pide el Papa Francisco, exigencias de conversión misionera de todos los cristianos, de todas las comunidades y estructuras de la Iglesia.

En este marco histórico y eclesial de esta nueva época, ¡que incidencia más honda tienen las palabras de Jesús en el Evangelio que acabamos de escuchar!: «Vosotros sois la sal de la tierra; vosotros sois la luz del mundo». Así se lo dijo a sus discípulos, y así nos lo repite a nosotros, sus discípulos de esta hora. ¿En qué sentido los discípulos de Jesús son sal y luz? Ciertamente no por ellos mismos, sino en cuanto participan de la luz que es Cristo.

Jesús es la sal de la tierra. Sin Él, el mundo es insípido, no tiene sabor de eternidad, queda encerrado en sí mismo; sin Él el mundo se corrompe. La sal es

su divinidad; su Espíritu la ha como inyectando en el mundo con su encarnación y su resurrección.

¿En qué sentido Jesús atribuye a los discípulos la misión de ser sal y luz? En cuanto iluminados por su palabra, ellos pueden y deben reflejar dicha luz sobre los otros. Es más, en cuanto hechos partícipes de su divinidad y de su Espíritu, deben transpirar el bueno olor de Cristo en medio de los hermanos.

Esta investidura se ha producido en el Bautismo. En el Bautismo nosotros recibimos el Espíritu de Cristo, por ello venimos a ser sal de la tierra. Y encendemos nuestra pequeña lámpara en su gran luz. S. Pablo, así, podrá decir: «por un tiempo erais tinieblas; ahora sois luz en el Señor». «En el Señor», no en nosotros mismos. Y, más aún, Jesús mismo viene a nosotros y nos hace su templo. Así nuestra misión es transparentar esta presencia luminosa de Cristo en el interior de su templo. Disminuir el espesor opaco de nuestra naturaleza egoísta, para que Él pueda por medio nuestro manifestarse a los otros y hacerlos pasar a su luz y a su amor.

Así, Jesús habla en el Evangelio que hemos escuchado de algo tan concreto como las obras buenas, esto es las obras de la luz, viendo a las cuales los hombres son inducidos a dar gloria al Padre de los cielos.

Así pues, ¿para quién debemos ser luz? «Del mundo», «de la tierra», dice el Evangelio precisando que sobre todo de aquello y aquellos que nos rodean, tomando a la letra sus palabras de alumbrar «a todos los de la casa».

Esta misión de ser portadores de la luz no es fácil. Significa hacer espacio a Jesús en nosotros, vaciándonos de nosotros mismos. Por ello Él ha previsto, y lo dice, el resultado negativo, el fracaso en la fundamental tarea: la luz que se apaga, la sal que se vuelve insípida, no se trata de una hipótesis abstracta, sino de una realidad cotidiana. El cristiano insípido es aquel cuya vida no está conformada según el Evangelio. Entonces se es una pobre persona, desechado justamente y despreciado y encerrado en la incoherencia. ¡Cuantos en esta

situación! Cuanta razón tenía el Señor: el mundo no sabe que hacerse con las luces que no dan luz y la sal insípida, que a nada y a nadie sirve.

Tener viva la llama que se encendió en nosotros con el Bautismo, es una conquista día tras día; es un reencender nuestra pequeña luz, cada vez que se apaga, en el fuego de su amor que nos perdona y acoge en el sacramento del perdón y la misericordia, es un avivar la llama en el fuego vivo que es Cristo en el sacramento de la Eucaristía. Eucaristía, para la que Santo Tomás de Aquino dedicó las más hermosas palabras, Eucaristía que renueva y reenciende en nosotros el prodigio del Bautismo, de la misión con Él; volviéndonos a consagrar en el ser luz del mundo y sal de la tierra, y dándonos aquello que es lo más consolador, dándonos la fuerza para serlo, permaneciendo unidos a Él.

Queridos seminaristas: en la pasada Vigilia de la Inmaculada, en Orihuela, desde la lectura del Evangelio de la Anunciación, os animaba a contemplar vuestra estancia en el Seminario como tiempo de cerciorarnos de la llamada que Dios os hace y de, dialogando con Él, madurar vuestro generoso sí como respuesta. Hoy, os animo a avanzar en vuestro ser sal y luz, que nació en vosotros por obra de la gracia del Bautismo, y a que el Seminario sea tiempo de aprender a despertar y a servir la vocación misionera de los cristianos y las comunidades que se os confíen, sostenidos por la gracia del Sacramento del Orden; aumentando cada día, en cada uno de vosotros, a ejemplo de Santo Tomás de Aquino, el «anhelo de santidad» y la «dedicación a las ciencias sagradas».

Pidamos por intercesión de María, nuestra Madre, que nuestro seminario sea la familia de los que dicen sí a Dios, como Ella. Y sea la escuela de los misioneros de Cristo, de su Evangelio, que ilusionados y encendidos en Él, necesitan nuestros cristianos y comunidades; forja de sacerdotes idóneos para una nueva era misionera de nuestra Iglesia, tras su camino de 450 años de generoso amor y servicio en esta tierra, desde la fe encarnada en nuestro pueblo. Así sea.

+ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante